



ROMANCE NUEVO, EN QUE SE DA CUENTA, Y DECLARAN los amores de Don Carlos, y Doña Elena, naturales de la Ciudad de Malaga, y lo demàs que verá el curioso Lector.

PRIMERA PARTE.

GAlanes enamorados,
hijos de la Primavera,
los que de flores yamores,
gustosamente se precian,
los que servís a las Damas
con musicas, y con fiestas,
y al cabo venìs á dar
en una enredada yedra.

Oigan que quiero contarles
la historia mas verdadera,
que en los Anales del tiempo
han escrito las mas diestras
plumas de aquellos Autores,
que huvo de notable ciencia,
y por que en bronce se escriva,
y en laminas quede impresa,
le

le suplico á mi Auditorio,
que con atencion me atienda
mientras las refiero, y digo,
que en Malaga la mas bella
Ciudad que el Sol con sus giros
baña desde la primera
hora de su nacimiento,
hasta que á su lecho llega;
nació una Dama, que fué
hechizo de la belleza,
Doña Elena se llamaba,
pues bastó el llamarse Elena,
para que fuese otra Venus,
que entre las demás Estrellas
resplandece su hermosura,
asi entre las Malagueñas,
Doña Elena se llevaba
el lauro de todas ellas.
Rendido de su hermosura,
y ciego de su belleza
andaba un ilustre Joven,
cuyo nombre yá me es fuerza
decir que Don Carlos es,
y el apellido se queda
en silencio, por que importa,
que no lo diga la letra.
Por medio de una criada,
correspondiente de aquesta
Señora, le escrivió un dia
un villete, cuyas letras
decian de aquesta suerte:
Hermosisima Princesa,
hechizo de la hermosura,
vivo imán de mis potencias,
tu amor me tiene cautivo
el corazon entre gruesas
cadenas, siendo la causa
tu hermosura, Doña Elena,
yo pretendo ser tu Esposo,
y si consigo esta empresa,
pondré, señora, á tus plantas
aves, animales, fieras.
Dios te guarde, hermoso dueño,
solo espero la respuesta,
para que tengan mis ansias
fin, y descanso mis penas.
Remitió el dicho villete,
con esta criada mesma.
Le correspondió la Dama,
diciendo de esta manera:
Señor Don Carlos, yo espero
á eso de las doce, y media
de la noche en mi balcon,
muy firme, constante, y cierta,
y alli os daré la palabra
con certidumbre, y firmeza.
Llegó el papel á Don Carlos,
tomólo, y rompió la nema,
gran contento recibiò,
mucho en el alma se alegra,

en

en ver que ya sus intentos
àlgunos principios llevan.
Llegó la citada hora,
tomando estoque, y rodela,
dos famosas caravinas
y una calada montera,
y armado como un Roldan
se fuè al balcon de su prenda,
hizo una seña, y salió,
y por una falsa puerta
del jardin, le dió à Don Carlos
entrada en su casa mesma.
Estè conmigo el curioso,
borremos aqui la letra,
y vamos á que Don Carlos
con suplicas, y promesas,
gozó quanto deseaba
su gusto en falsas propuestas;
gozóla, al fin, con palabra,
y mano de ser con ella
desposado; pero luego
despues otra cosa intenta,
que es ausentarse, y dexarla,
y en una Nave ligera
se embarcó para las Indias;
pero la suma grandeza
de Dios todo poderoso,
quiso que cautivo fuera
de unos barbaros pyratas,
que le presentaron guerra,
y por ser las fuerzas dobles,
prisioneros se los llevan
á la gran Ciudad de Argel,
y los pusieron en venta,
y á Don Carlos lo compró
en cien libras de moneda
el Moro de mayor fama,
que en el Africa respetan.
Dexémos aqui á Don Carlos,
y pasèmos á dar cuenta
de la Dama, por que es justo
que por extenso se sepa.
Del ya referido lance
quedó esta noble Doncella
embarazada, mas antes,
que el vientre se conociera,
se encerró en un aposento,
á donde vista no fuera,
fingiendo que estaba mala,
no iba á visitas, ni fiestas,
ni aun á Misa los Domingos,
ni á las gustosas Comedias;
y yá cercana del parto,
mandó á un Tallista le hiciera
un arquita muy labrada,
y que de largo tuviera
dos tercias, y media vara
de ancho, y despues de hecha,
le echase su cerradura,
su llave, y una cadena,

à

á donde eſtuviera aſida,
por que no se le perdiera.
Llegò la hora, en que ya
los dolores se le acercan
del parto, y á una criada
mandó, que se dispusiera
para salir, y que á nadie
le diese indicio, ni cuenta
á donde iban, y salieron
disfrazadas, y encubiertas,
amparadas del ſilencio
de la noche, y sus tinieblas;
y juntamente llevaron
el arca, y la veſtimenta,
para que lo que pariese
fuese vestido con ella,
y en unos espesos montes
las dos se metieron cerca
de un fertiliſimo rio,
en una casa pequeña,
inhabitable, que estaba
terraplenada, y deshecha,
en ella parió, ſirviendo
su criada de partera;
parió una niña que daba
embidia á las flores bellas,
viſtieronla, y la metieron
en el pechito una cedula,
cuyos renglones decian:
el Bautismo es el que espera.
Despues al cuello le echaron
una preciosa cadena
con una joya de oro,
de inestimable grandeza,
que en los primeros amores
Don Carlos dió á Doña Elena.
Metieronla en el arquita,
y luego despues la cierran,
y las juntas de las tablas
las embrearon con brea,
para que el agua no entrase
dentro, y que no se hundiera.
Arrojaronla en las aguas,
cuyas corrientes sobervias
van á tener en el mar
sepulcro en sus aguas mesmas.
Despues se fueron las dos
á la Ciudad con preſteza.
Y aqui el Poeta rendido
á aqueſta parte primera
le dá fin, y en la segunda
decir lo que falta ìntenta.

F I N.

Se hallará en Malaga, en la Imprenta de D. Felix de Casas, y Martinez, frente el Sto. Cristo de la Salud. Año 1782.

(§) · (§)



ROMANCE NUEVO,

EN QUE SE FINALIZAN LOS AMOres de Don Carlos, y Doña Elena, naturales de la Ciudad de Malaga, y lo demàs que verá el curioso Lector.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe en la primer parte
noble Auditorio discreto,
como el ama, y la criada
à la Ciudad se volvieron,
despues de echar en las aguas
el arca, y la niña dentro,
mas de alli à poca distancia,
y despues de corto trecho,
se detuvo en unos troncos,
que consumian el tiempo,
tenian dentro del agua
metida gran parte de ellos.
Tiernamente zozobraba,
con suspiros hasta el Cielo
suben los llantos humildes,
pidiendo favor de ellos,
à cuyo tiempo pasaba,
por aquel sitio un Baquero,
elevado, y compasivo,
confuso, admirado, y yerto
se quedò, quando en las aguas
oyò suspiros tan tiernos;
puso

pusose sobre los troncos,
y sacando á salvamento
el arca, la abriò, y sacò
la niña que estaba dentro,
llevóla en sus mismos brazos
á su chosa, y disponiendo
las diligencias precisas
para conducirla al Pueblo.
Remitiola á la Ciudad,
y le sacaron del pecho
el papel, en que decia:
el Bautismo es el que espero.
Dieronselo, y el Padrino
vino à ser su propio Abuelo,
padre de Don Carlos, que
asi lo permitiò el Cielo.
Y en el sagrado Bautismo
Rosalia le pusieron
del Rio, que este apellido
le viene bien de derecho,
y el Baquero agradecido
le presentó al Caballero
la joya de oro, que
le hallò á la niña en el pecho,
el qual la conoció al punto,
y ha dicho: Valgame el Cielo!
quièn te hado aquesta joya?
de adonde te vino esto?
El Baquero le contò
fisicamente lo cierto.
En fin, se quedó con ella,
varias cosas discurriendo.
Quedòse la niña á cargo
de su padrino, y abuelo,
y una Ama para criarla
llevó á su Palacio mesmo.
Divulgòse en la Ciudad
este caso en breve tiempo,
y la Dama se previno,
haciendose este concepto,
la criada ha de descubrir
el secreto de su pecho,
y he de quedar desdorada,
sin honra, punto, ni credito,
y asi, para no vivir
con el sobresalto, quiero
darle la muerte, y asi
nada será descubierro,
Llegó la noche, y la Dama
previno un puñal sangriento.
y estando yà recogida
la gente, con gran silencio
fué al quarto donde dormia
la criada, y descubriendo
su blanco pecho, le dió
con el afilado acero,
una puñalada, que
no le dió lugar, ni tiempo
á que dixera JESUS,
y con varonil esfuerzo
la tomò en sus mismos brazos,
yla echó en su sumidero.
Nadie llegò á saber cosa
por diligencias que hicieron.
Despues saliendo esta Dama
á cierto divertimiento
una tarde, se encontrò
en la calle un muchachuelo,
que éste en sus brazos traía
la niña con mucho aseo:
pidiósela para verla,
y lo engañò con dinero,
diciendo, que en aquel sitio
le aguarda, que buelva presto.
A su casa la llevò,
y le metió entre los dedos
un anillo que tenia
de valor quinientos pesos,
y un letrero que decia
de la hermosa prenda el dueño.
Hizo

Hizo una cuba de tablas,
y metió la niña dentro,
y siendo las Oraciones,
sin estorvarle el rezelo,
susto miedo, ni zozobra,
pesadumbre, ò sentimiento,
se fuè à la orilla del Mar,
y echó la niña en su centro;
pero la suma bondad
de Dios quiso, que un lucero
fuése sobre dicha cuba
como de farol sirviendo,
y por espumosas ondas,
y cristalinos espejos
navegò toda la noche,
siendo Dios el Marinero
de esta nave, que llevaba
un Angel hermoso dentro.
Era noche de San Juan,
quando sucediò el suceso,
en cuya noche los Moros
tienen su divertimiento
saliendose à la Marina
á gozar del ayre fresco,
embarcandose en las lanchas,
tocando mil instrumentos,
entre los quales estaba
Don Carlos, y quiso el Cielo,
que otro no llegase á ver
las luces de aquel lucero,
sino es él, y partió al punto
en un bergantin pequeño,
y estando en su cercanía,
las luces se obscurecieron:
llegò, y sacando la cuba,
volvió á tierra, y con anhelo
la abrió, y viendo aquella niña,
se quedò absorto, y suspenso,
y mas quedó, quando vió
el anillo de sus dedos,
y el letrero que decia,
aunque con mucho silencio,
soy propio de Doña Elena,
y en si mismo concibiendo,
que era su hija, lloraba,
y con paternal deseo
procurò buscarle un Ama
para crianza, y enseño.
En esta sazon tenia
su Amo un infante tierno,
que una Cristiana cautiva
lo estaba criando al pecho.
Pero el Redentor Divino
quiso muriera á este tiempo,
y al instante mandó el Moro,
que con aquel mismo esmero,
que à su hijo la criàra,
y fué tan grande el afecto,
que á la niña lé tenia
que le deseaba el tiempo
de su razon, para darle
de su ley los documentos.
Y al cumplir el primer lustro,
le puso al punto un Maestro,
y de la mas rica tela,
que havia en todo aquel Reyno,
le hizo un rico vestido
para adorno de su cuerpo:
todo su mayor cuydado,
su agencia, y mayor desvelo
era cuydar de la niña
sin excepcion en aquesto.
Cumplidos los quince años,
su padre Don Carlos, viendo,
à su hija, enterneciòse,
y á un retirado aposento
se fuè, y puesto de rodillas
dixo estos siguientes versos:
Dulcisima, y sacra Aurora
de la Victoria consuelo

de

del todo el que està afligido,
y del perdido, remedio,
á tu piedad infinita,
Madre de Dios, oy apelo,
para que tu gran clemencia
suavice el duro pecho
de mi amo que lo mueva,
à que se dé por contento
de mi servicio, y me dé
la libertad que deseo,
y á mi hija juntamente,
prenda que en alma siento;
esto, Señora, os suplico,
y á vuestra eleccion lo dexo.
Llegó, pues, el medio dia,
con que á comer se pusieron,
y el Moro dixo á Don Carlos,
sabrás como yo pretendo,
concederte libertad,
y á tu hija, y con aquesto
despidete, que esta tarde
ha de ser tu partimiento:
y por que de mí te acuerdes,
á tu hija le presento
esta joya de esmeraldas,
por lo mucho que la quiero,
y si en alguna ocasion,
te hallàres corto de medios,
no tienes sino avisarme,
que en remediarte me empeño,
toma para tu viage
lo que fuere de tu electo,
apercibete al instante,
por que prevenido tengo
el Navio, y al instante
del Moro se despidieron,
y tambien le dió una cedula,
para ir libres del riesgo;
y Don Carlos con su hija
se abraza con tal contento,
que con agua de sus ojos
regaron el duro suelo.
Entraron en el Navio,
y con grande rendimiento,
al Simulacro Divino
de la Victoria pidieron,
que los ampare, y los guie,
y fué tan prospero el viento,
que á las diez del dia llegaron
á Malaga, donde haciendo
visita á la pura Virgen,
dos corazones le dieron.
Visitaron à sus padres
y de la señora hicieron
la diligencia, y estaba
en un Sagrado Convento,
y con gusto de ambas partes
las bodas se dispusieron,
y viven dandole gracias
á la Reyna de los Cielos.
Y ahora Pedro Portillo
pide à todos los discretos,
que las faltas de esta letra
las perdonen como cuerdos.

F I N.

Se hallarà en Malaga, en la Imprenta de D. Felix de Casas, y Martinez, frente el Sto. Cristo de la Salud. Año 1782.